



Primera vez en miniatura

Gilma Luque

TENDRÍA UNOS CUATRO AÑOS LA PRIMERA VEZ que vi la casa. Y mi vida consistía en encontrar una bola de nieve pequeña, quizá un copo; me detengo: en mi infancia no hubo inviernos blancos, no conocí la nieve sino hasta mucho después (lo blanco era una fantasía y su frío era terrible, tenía la virtud de colarse por cualquier rincón, helar las manos a pesar de los guantes). Sin embargo, eso es lo que buscaba: un milimétrico punto, que yo creía blanco, hecho de agua y viento. Cómo iba imaginar que eso era una puerta a mitad del camino, cómo entender lo que decía aquel letrero: “Este lugar no existe hasta que tus pies lo cruzan.”

Mis pies, como si fueran sabios y vivieran por sí mismos, caminaron para sentir el copo de nieve: entraron. No era un lugar mágico, al principio, quizá después tampoco. No había criaturas extrañas ni monstruos, lo que descubrí fue una casa: la estancia de Gloria, la tía de mi madre.

Gloria fumaba sin cesar, dejaba las colillas de los cigarrillos con labial color naranja en un cenicero repleto de más colillas, su voz era áspera. Vivía con su esposo Luis, un señor con escaso y cano pelo, pants azul y tenis blancos; su cabello concordaba, como si fuera planeado, con sus tenis. Él era un tipo amable de piel bronceada

que sonreía a la menor provocación. Ella, una mujer de piel cenicienta y una altivez que parecía impuesta no por su circunstancia, era más bien como una herencia.

Vivían en un departamento sencillo como Luis, pero amueblado de manera elegante como Gloria. No era gente adinerada, no pertenecían a una colonia rica, pero tenían una sirvienta llamada Dominica quien además de mantener limpia la casa, hacer de comer, asistir a los niños (que siempre creí invisibles), cuidaba el tesoro: una vitrina que contenía muebles en miniatura, muebles diminutos que se asemejaban a los muebles que poblaban ese hogar. Yo tenía prohibido tocarlos. Nos separaba un cristal delgado e infranqueable, ligero e imposible. Ese cristal te invitaba a mirar lo que no podría ser tuyo. Lo que jamás sería mío (tal vez ni siquiera habría sabido qué hacer con ellos y eso no era importante en absoluto). Lo imprescindible era que esa vitrina existiera.

Contemplantos perfectos habría sido un buen oficio: soy quien mira los muebles miniatura. Vulnerables, protegidos. Quería ser Dominica y cuidar el tesoro, aunque tuviera que hacerme cargo de los niños invisibles. Quizá al entrar a ese laberinto mudé en ella, quizá esos pasos que di de manera absoluta me convirtieron

en otra que no soy, por eso la estancia de Gloria... la señora Gloria y el señor Luis. Dominica en el laberinto.

Yo cuidaba de la vitrina, pero era la señora Gloria quien se hacía cargo de su limpieza, quien ponía cada lámpara o cuadro entre sus dedos índice y pulgar (haciendo uso de unos lentes que le crecían los ojos) para quitar el muy pequeño polvo. Uno por uno, espejos, portarretratos, libros, tazas. Pasaba horas en esa tarea que le habría envidiado cualquiera, que le envidiaba yo. Los niños jugaban en algún lugar de la casa. Tiraban cosas, hacían ruidos. Nada nos distraía: a ella de limpiar y a mí de contemplar.

Creo que esos muebles me obligaron a pensar en gente diminuta que pudiera usarlos, gente que viviría detrás del cristal, que no sabría que una mujer los miraba embelesada. Gente miniatura entre niebla, el humo de todos los cigarros que fumaba la señora Gloria. El humo como niebla. ¿Sería aquella impotencia de no poder tocarlos lo que me obligaba a inventarles un sentido, una historia? El día no era suficiente para mirarlos, estaba lleno de ruidos de los niños invisibles que iban y venían por toda la casa. Entonces también usé la noche para vigilar la vitrina en un silencio.

¿Qué había hecho Gloria para poseer el tesoro? Esa mujer que yo pensaba siempre había sido anciana, pues su cabello era de un gris profundo modulado con rulos perfectamente bien delineados; su boca naranja y magra, una boca duplicada en el resto de sus hermanas. La misma mujer repetida al menos cuatro veces. ¿Ellas también poseían un tesoro, otras vitrinas, más muebles? ¿Alguna de ellas —Tony— tenía a las personas diminutas? ¿Otra el paisaje? ¿Y la hermana con la espalda encendida qué tesoro custodiaba? Cuatro mujeres plagiadas, repetidas, todas con un cigarro entre los dedos de uñas pintadas. Todas con la boca magra, casi una línea con labial, su piel blanca y el recuerdo repartido del sabor de la nata que robaban de la cocina del internado por las noches.

Lo único que las diferenciaba era el tono de la voz, la risa de Gloria que recordaba el sonido de un volcán al hacer erupción; por entre sus labios salía humo y del humo un “no los puedes tocar”; su mano larga llevaba el fin de su cigarrillo al cenicero. Lo que ocurría fuera

de la vitrina se desvanecía en ese humo que después fue niebla y envolvía mi ciudad de muebles. Yo hubiera podido vivir ahí, porque aquel lugar contenía el mundo.

Sin embargo una de las peculiaridades de esos sitios es su versatilidad, sus cambios espontáneos, los que ocurren mientras andas o duermes. El olvido es parte inminente en ellos. Dejé a Dominica atrás en casa de mi tía Gloria quien no paraba de producir bruma, olvidé la vitrina, a las hermanas duplicadas, su boca-volcán, su voz ronca o quizá simplemente desperté y aún estaba allí.

Ahí estaba un hombre viejo con un suéter gris y largo como su nombre, se llamaba Demetrio y su tarea consistía en hacer migajas de pan frente a una ventana bañada por el sol. Los pájaros lo esperaban, como Gogo y Didi esperaban a alguien más. Los pájaros lo aguardaban porque aunque él hiciera migas, diminutas, un polvo fino como el que habita los relojes o detiene el mar, él no se pararía a alimentarlos. Su labor consistía en elaborar corpúsculos para los pájaros de nadie. Nada más. Mis manos blancas estaban entregadas a la tarea de deshacer, mis manos con grietas y manchas cafés. Alcé la vista porque una mirada constante me llamaba. Era una niña como de cuatro años. Detrás de ella una jauría: miles de perros respirando de manera agitada, si no fuera por el movimiento habría pensado que era un cuadro con una plica: “*La niña que será devorada*. Óleo sobre tela”. La niña no tenía miedo, me sonreía desde su pequeña boca magra color naranja. Miraba mis manos y su tarea. Ellas, mis manos, continuaban destrozando el pan con las aves volando cada vez más cerca. La niña se distrajo con un sonido, dejó de mirarme y se perdió en el humo que quería ser niebla.

Dejé al viejo porque los árboles hacían un terrible ruido con sus escasas hojas. Era invierno pues las ramas eran negras y la respiración creaba pequeñas nubes que salían de mi boca. El sonido era un jadeo excesivo, caliente. ¿Ese estrépito lo provocaba el viento? ■

